

Comentarios a unos comentarios

Arquitecto: Francisco de Inza

No es frecuente leer cosas tan finas y oportunas como las que Oriol Bohigas ha escrito en relación con el "Pueblo Español" de la Exposición de Barcelona.

Cada una de sus observaciones es una llamada para dialogar. Y el camino más adecuado para iniciar el diálogo es, al parecer, la exposición sosegada y sincera de todo aquello que uno comprende con el corazón y con la cabeza sobre un mismo tema de preocupación. Por otra parte, se da la circunstancia, además, de que estos puntos que se van tanteando a lo largo de los comentarios son, en efecto, un tema de preocupación para muchos. Y conviene revisarlos por momentos. Todo eso es, precisamente, lo que ha hecho bien atinadamente Oriol Bohigas.

De modo que, para no cortar aquel arranque de conversación, me dispongo, en la medida de mis posibilidades, a continuarla.

Y, para empezar, estimo que sería muy conveniente concretar el homenaje que propone para los autores, el cual considero tan merecido como oportuno.

Los valores puramente folklóricos que se apreciaron cuando se construyó el "Pueblo Español"—o sea un florilegio de las más típicas arquitecturas populares españolas—han venido a cambiar de categoría al paso de unos años cuajados de tantas otras arquitecturas medio muertas, falsamente funcionales y facilonas.

A la vista de la deliciosa formación de unas calles y unas plazas, con vida propia, dominando la enorme dificultad de manipular con elementos—que dijéramos disecados—, resulta que hay que decir que los autores del "Pueblo Español" hicieron arquitectura de la buena. Porque crearon unos espa-

cios urbanos finísimos. Porque crearon unos ambientes abiertos en los que resulta un verdadero placer moverse. Lo cual es posible que sea tan necesario para la vida de los hombres como el dormir, con un número mínimo admisible—"ordenancísticamente" hablando—de metros cúbicos de aire.

Y destaca aún más esta arquitectura del "Pueblo Español"—que no se vive—en contraste con muchísimos aburridos manojos de bloques que se nos han ido sirviendo algunos años después, al conjuro de unos funcionalismos internos de cada uno de dichos bloques, y de otros muchos funcionalismos materiales que, a lo mejor, conviene revisar.

Probablemente es muy cierto, como dice Bohigas, que esas formas urbanas, buenas para pocos, con vidas estables y tranquilas, con *status* sociales casi invariables, no sirven para muchos. No sirven, seguramente, para unas multitudes con necesidades y apetencias muy determinadas. Para este tipo de masas, la actividad industrial de nuestro tiempo exige cambiantes de manera de vivir. Formas de urbanización que son hermosas cuando ya no valen; características de modos de vivir que ya no son.

Pero no trato de entrar en el fondo de todos los problemas que Bohigas plantea. Más que nada porque lo más probable es que no pudiera hacer otra cosa que abundar en lo que dice. Así, que sospecho que el refrán ese que dice que lo que abunda no daña, tiene aplicación en pocos casos. Y, seguramente, en éste no.

Sin embargo, me gustaría comentar, por lo breve, algo que mi amigo Bohigas creo que no ha explicado con claridad. A lo mejor por delicadeza.

Celebra—con acierto, a mi enten-

der—la feliz colaboración que para la realización del "Pueblo Español" se estableció entre dos arquitectos, un pintor y un crítico de Arte, que constituyeron un equipo desligado de la rígida y a veces deformada orientación de un simple arquitecto.

Apunta, además, precisamente en el último párrafo de sus comentarios, que así como se empieza—"¡por fin!—a reclamar el auxilio de los sociólogos, economistas y demógrafos..., es bueno recordar que tradicionalmente, y desde todos los tiempos, el urbanismo ha necesitado también la colaboración de los artistas".

Ideas, como dije, bien intencionadas, pero que me parece que sería cosa de aclararlas un poco.

Si el arquitecto, como coordinador de los trabajos de todos, conviene que busque la colaboración de economistas, sociólogos, estadísticos o de otros especialistas cualesquiera, no debe ser tanto para completar su información en determinados puntos concretos, sino para algo más importante, creo yo. Para conocer y aprovechar la visión que de sus problemas propios se consigue desde puntos de vista diferentes al suyo.

Me parece muy importante comprender que el arquitecto no es un economista o un sociólogo, aunque deba estar preparado para entender y usar de todo lo que los economistas y sociólogos vean y piensen de los problemas que se traigan entre manos.

Pero en el campo del arte, a mi entender, la situación es algo diferente. En este terreno el arquitecto debe funcionar con su criterio ordenador particular, aunque pueda reclamar la colaboración de otros artistas que le ayuden. No es cosa de que ande mirando por los ojos de otro.

Por eso considero que entre esos artistas que, como dice Bohigas, deben colaborar en el urbanismo, el primer puesto corresponde al propio arquitecto.

Todas las observaciones anteriores son válidas, a mi juicio, siempre que se trate de un verdadero arquitecto, que los hay.

Modernamente, entre los propios profesionales, no se considera correcto el hecho de que un arquitecto se presente como artista. Y si alguno lo hace, siempre se le aprecia cierta timidez. Se estima de tono mucho mejor visto el considerarse a sí mismo como un técnico de tipo superior, especializado en determinadas materias o incluso como un científico. Caso que suele darse con frecuencia en urbanismo.

Por los motivos que sean, la cosa es que lo del arte suele representar en el arquitecto moderno algo así como una sensiblería, que alguno puede notar un poco por dentro, pero que resulta delicado de tratar, y generalmente se prefiere mantener un discreto silencio sobre el

tema. Más que nada cuando se trata de enjuiciar las actividades propias. Así que, si alguno se descuida y lo dice, suele quedar en el aire una tácita acusación de frivolidad o de algo poco claro.

Este equívoco, a mi juicio, es solamente superficial, pero debería, seguramente, disiparse para evitar cosas peores.

El urbanismo, al parecer, es una ciencia en tanto en cuanto se resuelvan con rigor y método científico los numerosos problemas técnicos que con él se relacionan. Pero, a lo mejor, es también un arte que debe combinar las soluciones de la ciencia—según dicen menos rígida de lo que parece a primera vista—con los valores humanos y estéticos que intervienen en la urbanización.

Y me atrevo a citar lo de valores estéticos porque me parece que existen y que se presentan a menudo en urbanismo. Por raro que pueda parecer en un principio.

De modo que cuando se llega a soluciones sosegadamente agrada-

bles, no sólo se ha conseguido tal vez una obra bella—que ya es algo—, sino que también, a lo mejor, es más práctica y funciona mejor. De todo lo cual, seguramente se opine que está dicho al revés de como debe decirse, pero me parece que será de laboriosa demostración.

En el fondo no es posible olvidar que el arte tiene sus razones que la técnica no comprende, así como tampoco debe olvidarse que un artista bien preparado puede aprovecharse de lo que le dice la técnica; mientras que un teórico, por muy competente que sea, se enterará de poco de lo que le sugiera el arte; porque estas sugerencias son sólo justificables por sí mismas.

Por todo eso es por lo que, a mi juicio, la necesidad de integración de las soluciones científicas, o aunque sea sólo técnicas, con los valores humanos y estéticos que no tienen expresión cuantitativa es la que otorga al arquitecto su función dirigente.

